

POQUITA COSA

Hace unos días invité a Clara Pérez, la niñera de mis hijos, a que pasara a mi oficina.

Teníamos que resumir la cuenta.

- Siéntese, Clara Pérez -le dije-. Arreglemos nuestras cuentas. A usted seguramente le hará falta dinero, pero es usted tan formal y vergonzosa que no lo pedirá.....Veamos... Nos habíamos puesto de acuerdo en treinta pesos por mes...

- En cuarenta...

- No. En treinta... Lo tengo apuntado. Siempre les he pagado a las niñeras treinta pesos...

Veamos... Ha estado usted con nosotros dos meses...

- Dos meses y cinco días...

- Dos meses redondos. Lo tengo apuntado. Le corresponden por lo tanto sesenta pesos... Pero hay que descontarle nueve domingos... pues los domingos usted no le ha dado clase a Julia, sólo ha paseado en el parque... más de tres días de vacaciones...

A Clara Pérez se le encendió el rostro y se puso nerviosa, pero...

¡ni una palabra!

- Tres días de vacaciones... Por eso descontamos doce pesos... Durante cuatro días Julia estuvo enferma y no tuvo clases... usted se las dio sólo a Lucas... Hubo tres días que usted tuvo dolor de muela y mi esposa le permitió descansar después de la comida... Doce y siete suman diecinueve. Al descontarlos queda un recibo de... hum... de cuarenta y un pesos... ¿no es cierto?

El ojo izquierdo de Clara Pérez enrojeció y lo vi lleno de humedad.

Su frente se arrugo. Empezó a toser nerviosamente, se sonó la nariz, pero... ¡ni una palabra!

- En víspera (ערב הג) de Año Nuevo usted rompió una taza de té con un platito.

Descontamos dos pesos... Claro que la taza vale más... es una antigüedad de la familia... pero ¡que Dios la perdone! ¡Hemos perdido tanto ya! Además, debido a su falta de atención Julia se subió

a un árbol y se rompió la blusa... Le descontamos diez... Usted es quien debe vigilar todo. Usted recibe sueldo... Así que le descontamos cinco más... El diez de enero usted tomó prestados diez pesos.

- No los tomé - dijo silenciosamente Clara Pérez.

- ¡Pero si lo tengo apuntado!

- Bueno, sea así, está bien.

- A cuarenta y uno le restamos veintisiete, nos queda una cuenta de catorce...

Sus dos ojos se le llenaron de lágrimas...

Sobre la nariz larga, bonita, aparecieron gotas de sudor.

¡Pobre muchacha!

- Sólo una vez tomé - dijo con voz baja -. Le pedí prestados a su esposa tres pesos... Nunca más lo hice...

- ¿Qué me dice? ¡Y yo que no los tenía apuntados! A catorce le restamos tres y nos queda una cuenta de once... ¡Aquí esta su dinero, querida! Tres... tres... uno y uno...

Y yo le di once pesos... Ella los cogió con dedos temblorosos y se los metió en el bolsillo.

- Gracias - murmuró.

Yo salté y camine por el cuarto. No podía contener mi indignación.

- ¿Por qué gracias? - le pregunté.

- Por el dinero.

- ¡Pero si la engañé! ¡Demonios! ¡La he asaltado! ¡Le he robado!

¿Por qué gracias?

- En otros sitios ni siquiera me daban...

- ¿No le daban? ¡Pues no es raro! Yo he bromeado con usted... le he dado una cruel lección... ¡Le daré sus ochenta pesos! ¡Ahí están preparados en un sobre para usted! ¿Pero cómo puede ser tan pasiva? ¿Por qué no protesta usted? ¿Por qué calla? ¿Es que se puede vivir en este mundo sin mostrar los dientes? ¿Es que se puede ser tan poquita cosa? Ella sonrió débilmente y en su rostro leí: "¡Se puede!" Le pedí disculpas por la cruel lección y le entregué, para su gran asombro, los ochenta pesos.

Silenciosamente repitió su gracias y salió... La seguí con la mirada y pensé: ¡Qué fácil es en este mundo ser fuerte!

